

versal renombre, publica un extenso relato de la captura del célebre asesino, prodigando elogios á las autoridades españolas en Cuba y ensalzando su celo y actividad en tal asunto.

Todo está muy bien; nuestro orgullo nacional debe sentirse halagado; un periódico, uno de los más leídos de París, acostumbrado á los prodigios de suspicacia de la policía francesa, desde la misma capital donde vive M. Gorón, de reputación europea, echa las campanas á vuelo en honor de nuestros humildes agentes, mal remunerados y por ende poco diestros en su oficio. El humo rosado de esta lisonja, viniendo de un país en que la policía es una institución, habrá enorgullecido á nuestras autoridades; pero su alegría durará poco si se paran á considerar que Eyraud ha entrado y salido dos veces en la Habana sin que nadie se percatara de su presencia, y que probablemente habría estado en ella sin ser descubierto la tercera, á no haber mediado una denuncia. Ciertamente que las autoridades de la Habana han procedido con exquisito tacto en el lance, pero la gloria de la captura de Eyraud corresponde de derecho á madama Purchen, la heroica modista de sombreros que le delató, sin miedo á una venganza y sin otro impulso que el vivo amor á su patria y á la justicia. Madama Purchen ha dado pruebas de una virtud y un valor cívico no comunes en nuestros tiempos indiferentistas; por ella el matador de Gouffe ha ingresado en la cárcel, en Francia, y sin embargo, el superficial periódico parisiense, con una ingratitude horrenda, no consagra al hecho sublime de madama Purchen sino cuatro palabras corrientes.

El saneamiento de Madrid por nuestras autoridades está descubriendo cosas peregrinas; los concurrentes asiduos á la Parada de Palacio, aficionados á espectáculos militares, se habrán fijado una y otra vez en los mil detalles del relevo, habrán visto como mientras las bandas de música tocan las piezas de reglamento y se renuevan todos los centinelas de las fachadas, en el cuerpo de guardia entran y salen soldados, sargentos, cabos, oficiales entrantes y salientes. El espectador curioso no puede penetrar con su mirada tras de aquella mampara roja de la entrada; desde luego se imagina algo augusto; que los oficiales se comunican sus impresiones respecto á la mejor custodia de las regias personas; que el que deja el servicio participa al que lo toma, las novedades de la noche: todo eso se verifica efectivamente; y mientras los oficiales hablan, las clases reconocen el local, para enterarse de su estado al hacerse cargo de su menaje; pero lo que es más chusco, lo que el curioso espectador no descubre, es que en tanto que las bandas llenan de armonía los aires, dos números recorren el cuerpo de guardia, tapando solemnemente, con la gravedad que la ordenanza exige en los actos bélicos, los innumerables agujeros por donde salen por la noche los ratones á pasearse con singular familiaridad sobre la tropa que dormita en sus camastros; no se reirán, pues, poco los solitarios roedores cuando oigan desde sus antros la magestuosa marcha real de la fuerza, al considerar que aquellos cien hombres destinados á custodiar al monarca, no pueden, apesar de sus agudas bayonetas, con sus finísimos dientes, y que en realidad deberían también colocar centinelas en sus agujeros como en las puertas de pa-

lacio!... Y véase por qué causa se prolonga algunas veces el relevo de palacio después de llegar las secciones de la avanzadilla y del depósito de gas.

A medida que pasa el tiempo el triunfo de Peral va repercutiendo y ensanchándose, y su nombre y el de los oficiales que le han ayudado en su empresa, vuela por todo el mundo llevado en alas de la fama. Justo es, pues, ya que su gloria no nubla en lo más mínimo la del ilustre inventor y sus compañeros, divulgar los nombres de los subalternos que impulsados por su fe ciega en su jefe y por amor á su país, no vacilaron en sacrificarle su reposo y aun su vida, sin medir el peligro y aceptando con todo su corazón el sacrificio á que pudiera llevarles su temeridad.

Hé aquí ahora todos los nombres de los subalternos del submarino: D. Everardo Barlenda y Bozo, natural de la Carraca, segundo delineador; D. José Luques Matalobos, natural de Cádiz, tercer maquinista; D. Manuel García Manchón, nacido en San Fernando, cuarto maquinista; D. Joaquín López del Castillo, de Algeciras, ayudante de máquina, y don Antonio Romero Beardo, también ayudante y andaluz. El recuerdo de aquella hermosa tierra del sol irá siempre unido á la radiante remembranza del submarino. En la Carraca se ha construido la potente máquina que puede ser, acaso, la primera piedra del edificio de nuestro porvenir, el primer latido de nuestra resurrección nacional, y andaluces son los hombres heroicos que no han vacilado en desafiar la muerte con tal de añadir su óbolo á la obra del engrandecimiento de su patria. Diremos pues, parodiando á los ingleses: ¡hurra por los andaluces!...

Julio Vargas, el popular periodista, ha escrito á *El Liberal* una carta relatando cierto episodio de las pruebas del submarino, ignorado hasta ahora para todo el mundo; después de leída tan interesante correspondencia, la figura de Peral y de sus compañeros de barco adquiere una grandeza singular y descubre en ellos aquel espíritu gigantesco de los héroes de la Iliada.

El episodio es sumamente dramático: parece que en las últimas pruebas, una de las veces en que se sumergió el submarino, no obedeció una de las portas con la precisión de costumbre, y sin que Peral pudiera impedirlo y antes de que le diera tiempo de cerrarla, comenzó el agua á invadir atropelladamente la nave, con tal velocidad, que en un instante se casi anegaron sus distintos compartimientos, llegando hasta alterar el equilibrio del submarino, hacerle perder su nivel y arrastrarle á fondo. El peligro era horrendo; aquellos hombres iban á sepultarse vivos en lo más hondo del mar; sin embargo, atentos á sus aparatos, ninguno se movió de su sitio con un estoicismo admirable; vieron llegar la muerte y la aguardaron resignados, sin pestañear; sólo uno, sin ladearse siquiera, preguntó con acento tranquilo á su jefe lo que ocurría. "¡Que nos vamos á pique!..." replicó con sencillez Peral.

Al cabo, después de hercúleos esfuerzos, consiguió el arrojado marino hacer maniobrar el aparato de profundidades que le respondió con perfecta docilidad, con la docilidad con que el perro fiel obedece á su amo, y el barco se re-

puso, se equilibró y comenzó á subir á la superficie, asomando al fin su lomo de ballena, en las olas; entonces y sólo entonces se atrevieron á hablar los heroicos tripulantes. Una vez á flote pasó Peral al *Colón* á conferenciar con el vicealmirante Montojo y con la comisión técnica, y á bordo de este buque, trémulo, tiritando bajo su empapado capote, encendido por el fuego de la calentura que le producía su tumor continuo de la frente y helado por la mojadura, contó con la sonrisa en los labios lo acontecido, dejando estupefactos de admiración á sus oyentes.

En vista de tal lance, ordenó el vicealmirante Montojo que se suspendieran por aquel día las pruebas, pero Peral se opuso enérgicamente; acorralado por la insistencia de la comisión técnica, pidió permiso para consultar á sus tripulantes, que respondieron como un solo hombre que continuarían enseguida, y sin que en aquellos corazones de mártir latiera el más leve rastro de temor, tornó á hundirse el submarino, permaneciendo las dos horas reglamentarias sumergido y volviendo á aparecer incólume en el tiempo marcado. Por este hecho heroico ha pedido Peral para sus tripulantes la Cruz de San Fernando, que nunca estuvo ni estará por cierto mejor concedida.

Haciendo contraste con la pujanza con que en la Exposición de Bellas Artes se ha presentado la marina, ofrécese el paisaje con extraña pobreza, faltan bastantes firmas, y salvo dos ó tres obras de los grandes maestros, las demás no pasan de excelentes y aceptables, pero sin llegar á esa nota vibrante y personal que subyuga.

Hé aquí ahora los paisajes más notables: *Valle del Tietar*, de D. Julio Almira, sobrio y fiel como pocos.

En el hoyo del Manzanares, de D. Francisco Alcántara, el popular crítico de bellas artes que predica con el ejemplo. Es un lienzo henchido de una dulzura infinita y en el que se adviene la exactitud matemática en el traslado de la naturaleza; es un cuadro de un absoluto realismo y bañado, sin embargo, por el suave reflejo de una encantadora idealidad.

Vista de Orihuela, por D. Fernando Blasco. Lleno de sabor de localidad y pintado con exquisito esmero.

Con qué hermosa tristeza muere el día, por D. Francisco Cabanzón, es un hermoso lienzo inspirado en estos versos de Núñez de Arce. Como indica su título, es la hora solemne del crepúsculo en que todos los objetos adquieren una gravedad augusta; la caída de la tarde, apacible y serena, se halla interpretada con suprema delicadeza, acusando en el señor Cabanzón un artista de raza.

Orillas del Guadaira, de D. Andrés Cánovas. Un paisaje que ofrece toda la incomparable hermosura de un asunto tomado directamente del natural por un ojo lleno de fina y profunda observación.

Un carmen de Granada, por C. Apellaniz. Es una dulce impresión de tarde de uno de esos pedazos de gloria granadinos que se llaman cármenes, símbolo de la suprema dulzura y extraña mezcla de huerta y jardín; el señor Apellaniz, ha sabido trasladar al lienzo la inmensa poesía de tan típicos rincones de Granada.

La vega del Tagima, de D. José Casanave.

Tiene toda la suavidad de color de su maestro, D. Jaime Morera; es un paisaje delicadísimo.

Marzo, por D. Juan Espina. El nombre de Espina es el de uno de nuestros grandes paisajistas; el lienzo que ha presentado en la actual Exposición es una incomparable elegía, entonada con el pincel en honor de los árboles sin hojas; pocas cosas he visto de tan honda ternura.

Don Hermenegildo Esteban ofrece nada menos que veintitantos paisajes, fresquísimo y espontáneos como todos los suyos, vistas casi todas de Bretaña. Constituyen el álbum de un viajero; no cito ninguno porque todos son igualmente hermosos.

Fin de la jornada, por D. Baldomero Galofre. Es una mozuela que se está ahupando un haz de leña; al fondo se distingue el fulgor del sol poniente; ese es el cuadro; un crepúsculo; tiene el cuadro esa fuerza que posee cuanto Galofre ejecuta y que en el acto se apodera del corazón y arrebató la mente, conmoviendo con la emoción profunda que saben despertar los grandes artistas.

La tarde, San Benito de Calatrava, por D. Manuel García y Rodríguez. El primero sobre todo es sentidísimo y ejecutado con verdadero primor; aquello es realmente la tarde y no puede ser otra cosa que ella.

Agustín Llardy, el popular pintor, presenta cuatro paisajes de Asturias, observados con una escrupulosidad admirable y ejecutados con esa propiedad propia de los artistas de oro de ley que saben respetar el natural.

De Moreno Carbonero son dos cuadritos lindísimos, sin pretensiones, verdaderos juguetes. *La venta del sevillano*, que se puede considerar comprendido dentro del paisaje, es un inimitable estudio de luz.

Morera y Galicia (D. Jaime). Hay que descubrirse ante él y reverenciarle; cuenta con diez obras soberbias, de maestrado, que ya no de maestro, pintadas con una delicadeza y una finura inmensas. *Efectos de nieve y Tarde en el monte*, son acaso las dos que más atraen, aunque subyugan todas.

Paisaje de Asturias. Basta advertir lo afligido de la pincelada, la exquisita sutilidad de la obra toda, para adivinar la mano de Cecilio Pla, incomparable y delicadísimo en extremo.

Casimiro Sainz. Tiene cinco paisajes hermosísimos; el que titula *El nacimiento del Ebro*, es de un vigor inmenso, de una robustez inusitada y á la vez de una dulzura suprema; es uno de los mejores lienzos de la Exposición.

Febrero, por Sánchez Perrier. Otra elegía de una infinita expresión; la naturaleza desnuda, la soledad del bosque, la melancolía de una fogatilla que arde en primer término, todo se halla impregnado de exquisita delicadeza; el público se ha detenido siempre subyugado ante este lienzo.

Don Modesto Urgell. Se halla fuera hace tiempo de toda discusión; sus paisajes hay que apreciarlos con el corazón, adorarlos con el amor que se consagra á las cosas irresistibles; no existe manera de apartarse de un cuadro suyo una vez contemplado; es el artista de la dulzura sin fin; los cuatro lienzos que nos ha ofrecido, son cuatro joyas de color, de dibujo, de expresión; cuatro preciosidades de maestro entre los maestros.

Los recoberos, por D. José de la Vega. Es

una preciosa escena de campo, de gran finura de concepción y ejecutada con acierto.

Además figuran paisajes de Arriaza, de Freijo, de Miguel, de Ferrándiz, de Gastetón, de la Torre, de Muñoz Gegrain (del que hablaré en otro sitio), de Regidor, hermoso y de exquisita factura, de Sánchez Rodríguez y de Villar y Torres. Como puede verse por tal relación, salvo la firma de dos ó tres maestros que exponen sin opción á premio, los restantes nombres son casi ó completamente ignorados, de artistas nuevos que acuden por primera vez á la lucha.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Madrid, 1º de Julio de 1890.

A..... ELLA

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

DIOS quiso hacer mi corazón sensible,
Y puso en él la llama del amor,
Llama suave y tranquila cual la que arde
En el altar que la piedad formó.

Para ofrendar este cariño santo,
En mi ambición acaricié un ideal,
Que dudaba de hallarlo, en este mundo,
Convertido en hermosa realidad.

Más ángel que mujer, algo que fuera
En su esencia y su forma una excepción;
Alma sin sombra, aparición del cielo.....
Eso mi mente con placer soñó.

Y la busqué afanoso entre mujeres
Llenas de gracia y atractivos mil,
Y cada confesión fué un desengaño,
Pues nadie supo comprenderme á mi.

En cambio de un amor profundo y noble,
Obtuve sólo pasajero amor,
Y cuántas veces dividir veía
Este cariño entre cualquiera y yo!

¿No habrá, me dije, una mujer amante,
Fiel y modesta, pura, angelical,
Que sienta como siento, que desee
Un corazón como este mío hallar?

Y todo en vano: las hermosas flores
Que en mi alma gozoso cultivé,
Perdieron su color y su perfume
Y las ví con pesar desaparecer.

Y es que la duda derramó en mi pecho
La nieve de fatal desilusión,
Dejándome sin fé, indiferente
A cuanto me sedujo y conmovió.

Oh, cuán triste es la vida cuando falta
Un sér que en la desgracia dé valor,
Que sonría feliz si uno sonríe
Y que lllore con uno en la aflicción!

Hastiado, descreído, así pasaba
Mi existencia monótona y sin fin;
Sin una luz en mi sombría senda,
Sin un consuelo en mi tenaz sufrir.

Pero una noche,--venturosa noche
Que bendigo y que nunca olvidaré!--
Ví una niña á mi lado, dulce y bella,
Y algo á mi oído murmuró: "esa es."

Y fuiste tú, mi encantadora Libia,
El sueño convertido en realidad,

La aspiración de mi alma satisfecha,
Mi luz, mi ángel, mi bendito ideal.

Porque eres pura cual la suave brisa
Que mece el tallo de silvestre flor,
Sensible cual la púdica mimosa
Que tiembla por la nube que pasó;

Modesta cual la viola de los campos,
Ingenua con sublime sencillez.
Alma toda virtud, toda belleza.
Formada por el cielo para el bien.

Por eso te amo con amor inmenso,
Con amor santo que bendice Dios.....
Volvió á mi pecho la esperanza muerta,
La fe perdida para mí volvió!

Ya tengo nuevas flores que ofrecerte,
Ya brilla en mis senderos una luz,
Y vuelvo á ver risueños horizontes,
Que vienen á alegrar mi juventud.

Á tí debo esta dicha, tú me ofreces
Lo que hace tiempo, con dolor, perdí:
Ah! yo no sé como poder pagarte
Lo que me brindas para ser feliz!

Que recompense el cielo tus bondades
Y que bendiga nuestra ansiada unión;
Y así los votos que los dos hagamos,
Juntos irán al trono del Señor.

CARLOS A. IMENDIA.

1890.

Un país y un pueblo misterioso s.

(Estudio histórico).

A Benjamín Céspedes, mi querido amigo y compatriota.

I.

EL PAÍS.

COLOCADO al paso de todas las razas, en la encrucijada de tres mundos, existe un extraño y legendario país, el país de Mezraím.

Extiéndese en angosto valle, flanqueado por dos cadenas de montañas agrias y abruptas: la una sírvele de dique contra la invasión de las tumultuosas aguas del mar Rojo; la otra sepáralo del desolado imperio del cálido Simún; y valle y cadenas van, en insensible declive, á perderse en los claros senos de aquel otro mar, por encima de cuyas espumosas olas nos imaginamos aún jugueteando á las poéticas sirenas del Paganismo, coronadas de frescas algas, los labios entreabiertos por armoniosa estrofa, los ojos irradiando sensualísimo amor, siempre jóvenes, hermosas y hechiceras como su madre Naturaleza.

Caudaloso río, el Nilo, desciende desde las alturas de la Etiopía y por el medio del valle dirígese hacia el norte con augusto silencio. Por lo regular es su cauce encajonado y sinuoso, y lento su curso; pero en algunos parajes precipitan su corriente cascadas admirables, donde la luz da perennemente á los cielos una espléndida fiesta de colores. Cerca ya de su desembocadura refrena su marcha más y más, y se ensancha en tranquilos remansos sombreados por dátiles y papiros, asilos regalados en que seeste confiada la gacela, y se despereza soñoliento el crocodilo, y esconde el ibis su indefensa cria del aspid ponzoñoso. Viértese dicho raudal, al cabo, en el Mediterráneo por espacio-

so delta rodeado, como por una sarta de esmeraldas, de islas deliciosísimas, plantadas de higueras, naranjos y sicómoros, por entre cuyas ramas florecidas revolotean bandadas de fringilas de alas carmesíes, persiguiendo con voraz empeño á los emjambres de variados insectos, que llenan el aire de zumbidos al batir de sus metálicos élitros.

Sobre las estrechas fajas de terreno que, á uno y otro lado de sus márgenes, deja á descubierto el Nilo, alzan sus blancos alminares y alegres azoteas las ciudades árabes modernas, contrastando por manera notable con los restos imponentes que las rodean de otras que ya fueron y que traen á la mente la olvidada historia de cien generaciones ilustres, cuyo pasado famoso atestiguan esas rotas columnas y derruidos templos, esos menmónicos colosos y esfinges mutiladas que todavía parecen murmurar terribles vaticinios, y aquellas necrópolis inmensas, las enormes pirámides, fábrica estupenda ante la cual la inteligencia se anonada y late el corazón sobrecogido de supersticiosas emoción.

Sirve de fondo á este paisaje, que encierran, como dentro de invariable marco, naturales fronteras, un cielo constantemente sereno, jamás empañado por la lluvia ni cruzado por el iris. Todos los días halla el padre de la luz, desde el oriente, su camino desembarazado de sombras y vapores; todas las noches las estrellas, solas ó acompañadas de su casta reina, hacen su silenciosa ronda por la esfera infaliblemente despejada. Sin embargo, dos veces cada sol se altera esta motonía: al amanecer, largos rayos de color rojo de fuego hieren el horizonte y la bruma de poniente se enciende y arde, esparciendo en torno suyo llamaradas purpúreas, matiz deslumbrador en que se bañan valle y río, árboles y rocas, y las murallas y las cúpulas, los obeliscos y las torres, de las ciudades y de las ruinas que cubren la comarca; á la tarde se produce otra transformación semejante, pero de mayor efecto aún, porque el color rojo de fuego se convierte en tierno de rosa y la vacilante bruma, que pareció consumirse por la mañana, se deja ver de nuevo suavemente arrebolada, para unirse en dulces desposorios con el gallardo Rá, á la entrada del dios en sus doradas mansiones del ocaso.

Ha dicho cierto autor que el Egipto tiene la forma de un lirio de vástago torcido. En efecto, basta para comprobar su aserto que echemos una simple ojeada al mapa del referido país; y, además, notaremos que el aparente lirio es una flor completa, que consta de corola, cáliz y pedúnculo. La corola está situada al norte y constituye la vasta planicie de la región mediterránea; el cáliz es El-Fayúm, tortuosa depresión que se proyecta primero al este y después, volviendo sobre sí misma, al oeste, figurando una ancha medialuna; y el pedúnculo es el estrecho valle nilótico que, como verde serpiente gigantesca, se desliza hacia el sur, ondulando por entre los tostados arenales de los desiertos líbico y arábigo. Estas tres distintas partes—la corola, el cáliz y el pedúnculo ó sean el bajo, medio y alto Egipto—son llamadas por los actuales poseedores del suelo Bahari, Vostani y Said, nombres que se corresponden respectivamente con los de Delta, Heptanómide y Tebaida

de los griegos del tiempo de Herodoto, quienes ya desde entonces habían observado la especial disposición y singular desarrollo de la comarca que nos ocupa.

El Cairo, en el vértice, y Alejandría y Tinéh, en la base, son los puntos extremos del triángulo que circunscribe la extensión del Delta. De Alejandría á Tinéh hay en línea recta 180 millas, distancia que aumentan á 210 las sinuosidades de la costa; y desde el Cairo al Mediterráneo habrá unas 390, poco más ó menos, siguiendo la vía que conduce directamente al lago Burlos, entre Roseta y Damietta. Con tales datos puédesse fácilmente calcular el área de este dilatado territorio, sobre el cual y sin lograr abarcarlo vaga la vista fatigada del caminante; porque se pierde, como en el inmensurable océano, en aquel confin remoto donde la bóveda celeste se confunde con el plano del líquido elemento. En pasados siglos esta llanura de aluvión, que fué denominada por su inagotable fertilidad el granero del mundo, estaba abierta á los siete boghaz principales del Nilo—Canópico, Bolbítico, Sebenítico, Eatnítico, Mendesiano, Tanítico y Pelusiaco—de los cuales pocos quedan utilizables ya, regándola además numerosos canales secundarios que, fecundizando sus campos de copiosas mieses y arrozales, ponían á la vez en comunicación sus importantes puertos interiores con el mar Eritreo, por donde bajales sin cuento, cargados con los productos de la industria, hacían un lucrativo comercio con los pueblos allende el cabo de las Especies, hasta el lejano Ofir y la misteriosa Serica. Mil ciudades, de las que apenas se conservan los despojos, densamente habitadas y por sus artes enriquecidas, ocupaban el sitio de las actuales, en general asaz decaídas: Gizéh, donde estuvo Menfis, la de los ciclópeos hipogeos; cerca de donde fué la mercantil Termuthis, Terranéh la mísera, construida con barro y juncos de los pantanos; Abusir y Samannud junto á los escombros de la memorable Busiris, y la aldea Heliópclis; Ramaniéh, un burgo rústico, levántase humildemente entre los emplazamientos de Naucratis, la soberbia colonia helénica, y de Saís, la consagrada á Ysis, en cuyo recinto y en honor de la hermana y esposa de Osiris, se verificaban, á modo de saturnales, bulliciosas fiestas, á la caída de la noche y en barcas empavesadas con flámulas y luminarias, que bogaban por las desbordadas aguas del sagrado Hapi, al compás de jubilosas músicas y libres cantinelas; de Pelusa, la llave del Egeo, sólo existe, como un triste recuerdo, Tinéh; la guarida de Mit-le-Mazariéh es lo que resta de la magnífica Tanís; y no más que débil muestra queda de la capital de los nobles Ptolomeos, cuna de la ciencia moderna, y de su isla Pharos, que unida en otro tiempo por la calzada Heplastata con la vecina playa, aparecía á lo lejos ante los ojos del navegante extraviado en medio de las nocturnas tinieblas, iluminada por las reverberaciones de su hoguera de señales, como un ánade dormido sobre las crespas mugidoras ondas.

El-Fayúm es un terreno—mitad estepa, mitad barranca—de 400 millas cuadradas, robado desde fecha antiquísima al desierto del este por el hombre y trocado por su trabajo en encantado jardín. Así que se divisa la calva cumbre del Mokattán, cambia por completo de fisonomía el país. A la llanura sucede el

altosano; al yermo, el oasis; á la marisma infecta, la cultivada vega; al sosegado río, el gárrulo arroyuelo; y á la pradera de altas hierbas, en su quietismo turbada á intervalos únicamente por el grito del pastor ó la esquila del ganado, el erguido otero sembrado de viñedos y rosales, de donde extraen sabrosa miel las abejas, y generoso licor y esencias bien olientes las donosas lugareñas de Atfiéh, Medinet y Beni-Seeyf, descendientes legítimas de las celebradas hijas de Aphroditópolis, Arsinoe y Ptolemaidón.

Una serranía calcárea separa á El-Fayúm del Alto-Egipto. Esta región no es otra cosa que el propio cauce del Nilo, cuyos sedimentos han dado origen al valle que se apoya entre Assuán y Miniéh y que sólo temporalmente emerge de las aguas, pues estas se apoderan de él durante una gran parte del año. Desde el solsticio de verano, hacia fines de Junio, el río comienza á subir y su crecida se prolonga hasta los primeros días de Noviembre, en que va bajando lentamente hasta recobrar su anterior nivel. Durante el período de la inundación toda la tierra desaparece bajo las turbias aguas, á excepción de aquellos parajes elevados naturalmente ó protegidos por diques artificiales, los cuales con sus edificios y plantíos se retratan en el cristal de la corriente, que arrastra magestuosamente por las riberas su manto orlado de místicos lotos. Toda la vida del Egipto se concentra en esta arteria fluvial, causa única de la fertilidad de su suelo y único tránsito entre los apartados lugares de la comarca. Sin el Nilo no existirían Siut, ni Akmín, ni Girgéh; ni hubieran sido la teocrática Tebas, la sabia Siéna y la secular Elefantina; ni conseguido se habría la explotación de las canteras que suministraron los sillares para la construcción y embellecimiento de esas monumentales ciudades, en cuyas obras se secaron las manos de innumerables familias de obreros; ni se hubiesen realizado las conquistas de los Saitas y Sesóstridas, que llevaron sobre sus carros de guerra la urna de la civilización, traída de Asia, desde la Nubia hasta el Borístenes y el Tanais; ni los fenicios, adelantándose 56 siglos á Vasco de Gama, habrían en cierto modo facilitado los descubrimientos geográficos de que se vanagloria nuestra edad; ni las salvajes hordas del Profeta, que como viento de tempestad se lanzaron de sus aduare, hubieran sido detenidas en la senda de sus devastaciones, ofreciéndoseles así ocasión de quebrar sus alfanges y empuñar los cinceles que labraron las maravillas de su arquitectura; ni las legiones napoleónicas hubiesen logrado salvar, para el estudio, las preciosas reliquias que conservamos de ese interesantísimo pueblo egipcio, cuyo génesis, secreto inescrutable aún para el presente, quizás si también lo será para el porvenir.

Tal es la tierra de los farahónes.

En conjunto, una vasta llanura no interrumpida por la menor ondulación, comprimida entre dos series de montañas desnudas, y cortada en su centro por un sólo río de perspectivas poco pintorescas, que, bajo un cielo siempre de inmaculada pureza, discurre con grave solemnidad hasta el mar, al cual rinde el tributo de sus aguas por media docena de indolentes brazos. Y en detalle ya hemos visto cual otro

es su aspecto: lo uniforme que se resuelve en accidentes; la monotonía que se muda en variedad; lo vago haciéndose discernible; la sombra que se transparenta; el ruido y el movimiento animando las soledades; la vida que renace de la muerte; y el contraste surgiendo por doquiera, como nota dominante, en medio de la aparente armonía de la Naturaleza. Que este país, como Jano, tiene dos rostros, y el sello de lo incomprensible sin duda que le fué grabado por el destino en la frente y para toda eternidad.

JULIÁN PARREÑO.

MI AMOR.

ERA mi vida el lóbrego vacío:
Era mi corazón la estéril nada;
Pero me viste tú, dulce amor mío,
Y creóme un universo tu mirada!

A ese golpe mis ojos encontraron
Bella la tierra, el ánima divina:
Mundos de sentimiento en mí brotaron
Y fué tu sombra el sol que me ilumina.

Si esto es amor, ¡oh joven! yo te amo
Y si esto es gratitud yo te bendigo;
Yo mi adorado, mi señor te llamo:
Que otras te den el título de amigo!

¡Te amo! ¡qué gloria! Que al oírme el mundo
Me execre y burle despota y perverso:
Te amara aunque me odiaras iracundo:
Fuera de tí ¿qué importa el universo?

Y no imploro tu amor, que siendo tuyo
Tu desprecio y desdén bendeciría
Amarte, obedecerte ese es mi orgullo
Y amando tu desdén yo moriría

Yo te idolatro, indigna de tu afecto
Sí! porque no hay mujer digna de tí,
¡Pura imagen de Dios! ¡Hombre perfecto!
¡Proscrito arcángel que cruzó ante mí!

Yo he traslucido incógnito suplicio
En tu faz regia, en tu imponente voz:
La energía hay allí de un sacrificio,
Hay allí la tristeza de un adiós.

Siempre encanté con tu visión mis sueños,
Ah! son tan dulces! ¡Siempre están allí!
Astro de sabrosísimos ensueños
En que forje mil cielos para tí!

Y allí te ví feliz! allí no pisas
El mundo indigno en que sufriendo estás,
Y son dulces, no amargas tus sonrisas
Y nada enturbia el brillo de tu faz.

¡Oh! si el amor de una mujer valiera
Por el santo dolor de un serafín!
Por verte alegre hasta tu amor yo diera....
Mi porvenir, mi sér, en fin.

Qué no hiciera por tí, soñado mío,
Cuando es mi luz la huella de tu pie?
Tu capricho esclaviza mi albedrío,
Palma de mártir brindame tu fe.

Profeta que á mi espíritu anunciaste
La religión feliz del corazón
Y el amor al Dios grande me enseñaste
Viendo su sombra en tí, su bendición.

Gracias! gracias! mancebo poderoso
De iluminada frente y pecho audaz,
En todo bello, en todo generoso,

De ningún mal, de todo bien capaz.

Así cuando en instante incomparado
Tu irresistible atmósfera sentí,
Ciega, fatal, cual astro desquiciado,
Me lancé á tí, para abismarme en tí.

Para vivir en tu recuerdo estática,
Y embellecer con él mi soledad,
Para gozar con mi pasión fanática
Ante la cual gritó la sociedad;

Para reír mirando tu sonrisa,
Para llorar mirándote llorar,
Para ser tu entusiasta poetisa
Y contigo incesante delirar;

Para querer cuanto amas ó te ama
Y lo que odias ó te odia aborrecer:
Eterna mariposa de tu llama,
Fiel tutelar y sombra de tu sér.

Alma que siempre tu alma reproduzca,
Corazón que el tuyo sienta en mí;
Ojo que siempre y por doquier te busca,
Labios que ruegan sin cesar por tí.

Cuando me ves mi sér se diviniza,
Cuando te oigo soy toda inspiración,
Y ¡oh! si te dignas darme una sonrisa
La dicha me sofoca el corazón.

Cuando respiro el fuego de tu aliento
Mi seno necesito comprimir;
Mi alma quiere volar á su elemento
Y en una inspiración á tu alma ir.

Cuando roza tu brazo mi vestido,
Cuando siento tu mano... ¡yo no sé!
Lívida salto atrás cual león herido
Y tambalea trémulo mi pie.

Y si tú no eres tú... si das un paso
Desplomada á tus pies viérasme allí....
La emoción infinita de un abrazo
Era mucho... ¡era un rayo para mí!

Dios, tu entero resplandor me abrasaría,
Hombre, ante tí es más débil la mujer,
Y nada, bien sacrilega y bien fría
La furia más intensa del placer.

Mas, dicha ó infortunio... cualquier cosa
Que me venga de tí ¡bendita sea!
Tu esclava, tu creación besa orgullosa
La mano que la inmola la endiose.

Arrastrada hacia tí ciega me siento
Cual á su abismo el Tequendama va:
Húndame en él ó salte al firmamento
Siempre el golpe mi voz bendecirá.

Si te debo mis lágrimas mañana
Hoy por tí soy feliz ¡amante soy!
¡Piedad para la pobre Bogotana!
No sé lo que te digo... ¡loca estoy!

EDDA.

Las flores en la naturaleza americana.⁽¹⁾

Dedicado á mi querida hermana

ANA MARÍA GUZMÁN DE LACAYO.

(Concluye).

QUADRO encantador para los amantes de
Flora, sorprendente por el colorido, por la
gracia y la expresión, es el que dejo transcrito de

nuestros vergeles en el artículo anterior, publicado al favor de esta interesantísima revista que honra ya los anales de Centro América, sin darse los aires de grande y bien ataviada dama.

¡Cuántos ocultos hechizos se multiplican así en estas zonas de excelsa magestad; corrientes de vida escondidas en las arboledas y llanuras bajo el brillante y fecundo sol que es el alma de tanta vida; espacios llenos de inagotable savia, de poesía para inspirar á soñadora y ardiente fantasía; montes vestidos de verdura; prados salpicados de colores; átomos flotantes en la luz vívida de diáfano horizonte; bosques impregnados de gratas esencias, grutas llenas de misterios, volcanes resplandecientes formando otros tantos brillantes troncos en que se sienta la Hermosura Divina entre el fulgor de variados iris, de rayas que realzan y renuevan la vida del cosmos y de su nítida corona de flores, que viven aquí como esperanzas inmortales para dar sentimiento, fecundidad y eximia grandeza á nuestra exuberante y bella América!

Pero no sólo belleza y fragancia son las flores. Las plantas que las producen han servido á ilustrar las páginas de la civilización. El *safiro* de Egipto ha sido glorificado al ser estampados en sus hojas, transformadas en pergaminos, los tesoros de la filosofía griega y romana, los versos inmortales de Homero y Platón.

La arquitectura antigua copió en las hojas del *acanto* y en las flores del *entenobium* la ornamentación de los grandiosos monumentos de la antigüedad. Templos y circos, columnas y capiteles, torres y arcos de triunfo viéronse calados con los varios matices de las flores. Árboles infinitos dan flores de grato aroma y sus troncos pulimentados y esculpidos por el arte, forman bellísima filigrana en los artesonados de los palacios, rico encaje, lineamientos de rara belleza. El *tulipán* fué en un tiempo el tesoro de los pueblos occidentales, gastándose ingentes sumas en estas flores que se hacían venir de Constantinopla, como ahora nos sucede con las *camelias*, las *gladiolas*, *glosinias* y *crisantemas* de bellas corolas, importadas las primeras del Japón por el jesuita Camelli en 1739 y las últimas de la India. La rosa de Jericó fué desprendida del Santo Sepulcro por un peregrino que la arrojó como divina ofrenda en los jardines europeos para que sirviera de vínculo y recuerdo entre el oriente cristiano y la civilización occidental.

Las flores no sólo viven y sirven á la reproducción de las especies, sino que aman, viajan y danzan. ¿En virtud de qué fuerza los estambres se inclinan en amoroso beso hacia el estigma? El amor es también la bendición de la tierra en cuyo fecundo seno se abrigan las raíces de las plantas; de ella extraen la savia del amor enlazando así su cuna con ella, con su soberbia milicia de flores, que es el manto de la tierra, solemnizada por Dios en la eternidad de los tiempos. Y así por esa sabia é ineludible ley las especies se propagan. ¿Quién ha podido trasportar sobre las altas cimas las magestuosas ceibas? los sedosos pelos de sus semillas las suspenden cual aéreas embarcaciones, en los espacios y las llevan al olimpo de los carros montes. La *balsamia* arroja á lo lejos sus simientes y la *ura erepitans* las lanza con fragor semejando un pistoletazo en el silencio del bosque. El *rhizophora* dirige al fondo de los esteros sus largas y pesadas semillas que como dar-

dos se clavan en el fondo de las aguas invadiendo el imperio de los mares. Sobre las coronadas torres nacen los *helechos*, la *digital*, las *gessenias* y la *belladona* cuyos gérmenes fueron llevados allí por el pico de las aves; el *avellano* y el *olivo*, al cerrar sus corolas, embarcan sus simientes en conchas ó nueces que navegan como barcas; el *cacao de la tierra* ó *hipogea* al abrir sus flores cuida solícita su progenie enterrando ella misma sus granos. Flores hay que prueban que la vida es un incesante viaje, una enorme marea que por todos lados orla los horizontes en donde pulula el movimiento, factor conspicuo de la vida, llevando en sus animadas ondas miriadas de átomos, que en hirviente torbellino obedecen á esa suprema ley.

Pero las flores no tienen miembros, no tienen alas, ni nadaderas, ni remos, y sin embargo, atraviesan así los mares, vadean los ríos, descienden á los abismos y asaltan las más encrespadas montañas. La *verbena*, el *fresal*, la *violeta* los *iridis*, la *consuelida*, el *junco*, los *primulos*, la *tifa*, la *caña japónica* y otras muchas especies, van hincando en el terreno como jalones de su excursión, llemas y bulbos, retoños y troncos rastreros que vencen los espacios, aparecen á distancias enormes, procreando nuevas especies. Y cuándo no es así: observad las ondas tranquilas de un riachuelo, y ya veréis la flota singular que en magestuosa calma viene bogando. En los remansos existen los havres felices á donde arriban numerosas raíces, bulbos y semillas que pronto toman posesión de la nueva tierra, y cumpliendo con la providencial ley de la reproducción, forman prados y bosques que vienen á servir de nuevos elementos de prosperidad para los moradores de esas regiones. Y luego si no son los ríos y los mares los que sirven de vehículo á las especies, son los vientos, los huracanes, los aludes, los picos de las aves, las patas de los insectos ó los sabios que con incansable anhelo, con sacrificios y constancia han traído de lejanas tierras los diminutos granos que van á esparcir las plantas y las flores sobre el mundo. Así emigraron la *capuchina* del Perú, la *dalia* de Méjico, el *lino* de Virginia, la *magnolia* de China, la *camelia* del Japón, el *rododendron* del Cabo, la *victoria* de Australia, el *tulipán* de Egipto, la *adormidera* de Oriente, el *cafetó* de Arabia, mil y mil bellísimas parásitas de América son hoy las galas bellísimas de los parques y jardines, en donde las almas tiernas y melancólicas encuentran un aliento en sus perfumes, una ilusión en sus corolas, flores hijas de una belleza que será para todos los sentidos, para todas las cabelleras, para todos los salones, para todas las fiestas, para todas las tardes y crepúsculos, obras que no lo son del azar, flores que son la pulsación del amor latente de las especies, del espíritu de Dios en la naturaleza.

La botánica, ciencia de las plantas, va revelando cada día nuevos misterios sobre esa vegetación admirable de nuestras zonas. La inteligencia de las plantas ha llamado ya la atención de los naturalistas; en ella va esa lucha por la vida, esa fuerza de crecer y multiplicarse que anima á los seres orgánicos, y al menos se manifiesta en varios actos el instinto de la conservación. El *espino* de Etiopía eriza las numerosas puas de que está cubierto, tan pronto como se acercan los animales, huyendo éstos pues sus

picaduras son terribles. Las *ortigas*, sobre todo la de Timor, llevan en sus espinas un jugo venenoso que las hace peligrosas; no hay sér que se aproxime á ellas y de ese modo invaden bosques y campos aniquilando numerosas especies. Hay plantas que se unen á ciertos insectos para defenderse; unas *parásitas* de Sumatra y varias *acacias* defienden sus flores de los pájaros que se las comen, anidando en sus espinas unas hormigas que alimentan con su néctar; estas hormigas no dejan acercarse ningún otro insecto ni pájaro; una *campanilla* de los Alpes, se liberta de cierta abeja glotona que roe y destruye sus cálices, sepegando un líquido agrio que las repulsa; la *piña* el *saucé* y varias rosáceas están en este caso.

Hay plantas que durante el día despliegan sus hermosos pétalos, como para recoger con ellos los átomos de vida que pululan en la atmósfera en miriadas infinitas, y aprovechan las horas silenciosas de la noche para entregarse á una especie de sueño. Mairán observó que una *sensitiva espinosa* colocada en un lugar completamente oscuro y de igual temperatura, cerraba sus hojas cuando caía la noche y las abría al llegar el día como si el sol animara sus flores en aquella oscuridad forzada. La *amapola* pliega sus pétalos cada noche como varias malváceas que al rayar el alba enrojeen sus corolas como tomadas de súbito rubor con la luz; el *diente de león* recoge sus flores durante la noche y vuelve abrirlas al amanecer. La *treverna* levanta cada mañana su argentada cabeza y la *trienalis europea* se inclina al comenzar el crepúsculo, mientras que las *nayadas* y el *nenúfar* buscan bajo la onda cristalina el sueño que la luz les niega para ir á adornar la marmorea frente de Ondina. El *galán de noche* y la morada *hortensia* se inclinan entre sí en amoroso matrimonio en las primeras horas de la noche. En las islas Molucas hay un árbol cuyas hojas y flores se duermen al asomar la aurora y velan durante la noche; llámanle los naturales el *árbol triste*.

Al lado de fenómenos tan curiosos, desapercibidos para aquellos que no fijan la mirada en el tren maravilloso de la naturaleza, hay otros que asumen el carácter de la fábula, á no ser referidos por personas competentes. Existen en la América del Norte plantas que al florecer saltan, giran y danzan. Se llama una de estas curiosas especies *cydona photiphilam* su forma es la de una enorme esfera cubierta de brillantísimo follaje; su altura es de un metro sesenta. Los vientos se apoderan de las plantas libres; las arrastran en vertiginosa carrera por la llanura á través de valles y pendientes en donde forman verdaderos aludes; se les ve reunirse en confusa muchedumbre, dando rápidos giros á manera de desordenada danza, hasta que deshojadas y rotas sucumben en aquel baile-torbellino.

Las flores son elementos purificadores de la atmósfera. En Pavia, el profesor Mantegazza ha hecho varias experiencias que demuestran que en las ciudades el cultivo de flores en ventanas, patios, terrados ó jardines es un medio para purificar el aire. Este autor funda su opinión en que las flores más aromáticas producen mayor cantidad de *ozono* (oxígeno electrizado), que como se sabe es un elemento purificador del aire. En primer término están los *jancintos*, *mentas*, *espliegos*, *salvias*, *heliotropos*, *rosas*, *jaz-*

mines, *achilleas*, *lilas* y otros que hacen el mismo efecto que los eucaliptos.

Pero como de todo hay en la viña del Señor, se sabe que las ténues moléculas que forman los perfumes pueden influenciar desfavorablemente el sistema nervioso de ciertas personas de extremada susceptibilidad. El célebre músico Gretry tenía horror por el perfume de la rosa. El Dr. Capellini habla de una señora que caía en síncope al oler un jazmín. El compositor Vicente huía de los salones donde había flores; mientras que el Cardenal de Richelieu dormía en un lecho rodeado de las más perfumadas flores; una conocida dama inglesa pasaba sus días leyendo en un sofá rodeado de asueltas y otras flores de grato aroma.

Las flores participan también de esa madre de la impaciencia, que es el hambre y devoran seres. El célebre naturalista inglés, Mr. Darwin, en su excelente libro de las plantas insectívoras, describe dos de las más curiosas que son la *drosera rotundifolia* y la *dionea*. Las hojas de la *drosera* están formadas por tentáculos numerosos en forma de filamentos, siendo los del centro más cortos que los de la peliferia; sus peciolos son de un rojo púrpura; los tentáculos se terminan en una especie de glándula. Con esta serie de órganos, dotados de extremada sensibilidad, capturan los insectos y aun los pajarillos, cerrándose con fuerza y asombrosa rapidez, sirviendo á la vez la secreción de las glándulas para fijar sobre las hojas los insectos á los que chupan la sangre, no dejando más que la piel desecada. Pueden también sostenerse estas plantas con trocitos de carne que disgregan tenazmente con una especie de voracidad. La *aldrovanda vesiculosa* tiene también las mismas propiedades, aunque en menor grado. Al lado de estas plantas los viajeros colocan al famoso árbol antropófago de Madagascar. Este árbol produce una flor bellísima de extraordinaria magnitud. Le llaman los naturales *inkodos*, y espele un fluido viscoso con el cual sujeta á la víctima. Este líquido tiene propiedades embriagadoras y la gente de Madagascar lo bebe con delicia. Este árbol extraordinario, de cuya semblanza nada tenemos de igual en nuestra América, tiene un tronco de forma extraña, simulando una inmensa piña de 7 á 8 pies de altura, de un negro sucio muy duro. De la cúspide de éste cono truncado se desprende irradiando, unas ocho ó diez grandes hojas de diez á doce pies de longitud que se arrastran por el suelo, gruesas de uno á dos pies, terminadas por fuertes aguijones, de un color verde oscuro. Al estado de reposo penden inertes en el suelo. En el centro del cono hay una especie de receptáculo en donde se acumula un líquido viscoso, claro, como miel y dotado de propiedades soporíferas. De los bordes de este receptáculo se desprenden muchos retoños, largos y velludos, de 5 á 6 pies de longitud, terminados en punta. Mas al interior de estos retoños y en la plataforma del receptáculo, coecen unas prolongaciones numerosas, verticales, de 5 á 6 pies, flexibles y duras. Estos apéndices se mueven con extraordinaria fuerza y rapidez, y retorciéndose á modo de serpientes producen estridente chirrido en las contorsiones que ejecutan. El animal que cae en este receptáculo es envuelto en el acto por esos apéndices, con suma presteza; á la vez las grandes hojas se le-

vantan rígidas, se acercan unas á otras y estrujan rigurosamente la víctima, obsorviendo el árbol la sangre y carnes. Se dice que los salvajes de Madagascar colocan en este receptáculo los niños y mujeres que sacrifican, embriagándolos antes en el licor de la flor.

Encuétrase también en Madagascar la conocida flor de la nepetúhes, que también aprisiona en sus pétalos á los insectos y los devora. Esta flor es bellísima: sus hojas se levantan con gracia coronando un receptáculo ancho, circuido de sépalos y pétalos brillantes que se terminan en preciosa y bien guarnecida urna. Esta urna se llena en la mañana de un líquido fresco y aromático que atrae los insectos; se abre con la aurora y duerme con el crepúsculo de la tarde, haciendo amplia provisión de casa. La *Vénus Blackeria* y la *V. papamoscas* son también plantas insectívoras que producen lindas flores asesinas.

Me detengo aquí; la rambla es grande y espaciosa; los vallados se extienden; los jardines nos arrastrarían á los últimos linderos del nacarado horizonte para hacernos ver más y más las maravillas salientes de las flores, sus gratas esencias, la melodía encantadora que forman en el concierto de la naturaleza presentando su tributo al hombre, su belleza, sus perfumes, su brillante colorido, su aromática miel, embelesos de la primavera del amor y reminiscencias del otoño de la vida, gracia de las vírgenes, amor de los poetas, laurel de los héroes, palma de los mártires, simbolismo del corazón; tales son las flores.

No cabe duda: en la admirable cosmogonía, las flores forman la nota más tierna y amorosa. En el gran poema de la naturaleza, las flores son la estrofa mas bella y perfumada, animada por el soplo regenerador de Dios.

Puntarenas, 26 de Julio de 1890.

DAVID J. GUZMÁN.

EN EL ALBUM

DE MI PRIMA M. S. D. V.

QUISIERA en este libro, que guarda tus recuerdos, Dejarte vibradora, cadente y musical, La nota mas excelsa, brillante de mi lira, Envuelta en el aroma de un bello florestal.

Entonces cuando abrieras sus fojas nacarinas Para evocar recuerdos de amor y de amistad, Fijáras en mi nombre la lumbre de tus ojos Librándolo por siempre de eterna oscuridad.

Mas es vana quimera; las puras impresiones Ni agitan, ni perturban, ni tienen vibración; El alma se embelesa y en sí se reconcentra Para gozarse á solas en plácida emoción.

Los ecos de mi lira salidos de mi alma Y de un cariño puro formados al calor, Tal vez se confundieran con voz de gente extraña Llegando á tus oídos con ruido adulador.

Más vale, pues, que calle; que en el silencio tiene, Cual Dios en el misterio, su imperio el corazón, Y el labio que enmudece quizás mejor expresa Los íntimos anhelos, que toda una canción.

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

Enero de 1890.

UN ELOGIO MERECIDO.

EN A figura simpática, de carácter dulce, de corazón bondadoso, de maneras afabilísimas, que vive abrazada al sentimiento, arrancando notas melodiosas á su lira, es la persona que es objeto de estas líneas.

En esa senda por donde caminan los genios del arte y en donde se realizan los grandes triunfos de la gloria, se encontrará siempre al que es dueño de nuestras consideraciones.

Sólo el juicio hecho ya por críticos inteligentes, es lo único que nos permite la osadía de entrar en el juzgamiento de un artista, cuyo nombre es bien conocido en nuestro país.

José Campabadal se llama el hombre de nuestros apuntes; él, que es de origen español, se dedicó desde muy temprano al divino arte de la música, y terminó sus estudios allá por el año de 1868; ejerció su profesión por algún tiempo en Barcelona, consagrándose lo más del tiempo á la enseñanza, tarea en que logró grandes resultados como lo prueba su aventajado discípulo Eusebio Daniel, que ha dejado oír ya su nombre como artista de nombradía.

Campabadal, pues, con su estudio continuado y su talento natural, ha podido colocarse á la altura de un verdadero artista siendo objeto, desde sus primeros pasos, de notables distinciones y de aplausos repetidos por públicos inteligentes.

El artista de que tratamos es un acabado compositor, y tiene singular disposición para imprimir en sus obras la expresión que desea y el color que el asunto requiera; á un lado de lo que decimos está la mucha música inédita que sólo por modestia y negligencia no ha sido publicada, música en que se encontrará gracia, delicadeza y aun esos acentos arrebatadores, propios solamente del que vive cerca del arte.

Insigne organista es también Campabadal; no debemos callarlo: él no sólo se deja notar en la Iglesia sino también en cualquier teatro que se presente; tan pronto se deja arrastrar por raptos místicos para ser comprendido por los sacerdotes del canto llano, como se deja seducir por las fuerzas incontrastables de las sublimes impresiones que sirven de escala al espíritu, para poder llegar á esas inmensidades donde el arte tiene sus fiestas y enseña bellas ficciones poéticas.

El artista de que hablamos, no sólo ha sido objeto de ovaciones; él también á obtenido premios tanto por haber sobresalido en varios conciertos, como por composiciones presentadas á concursos musicales. En sus composiciones, Campabadal llena dignamente su misión de artista tanto por que sus creaciones son repetidas cuanto por que éstas, hermanadas con una poesía sonora, sólo ofrecen esas armonías propias de los grandes carnavales del arte que se sellan siempre con la sonrisa de la satisfacción. Campabadal, pues, tiene canas, es cierto, pero en el arte está joven todavía, está en la mañana de la vida, las notas cadenciosas de su música, son hijas de las impresiones bautizadas con el rocío de la inspiración. Este artista, podríamos decir, tiene todo el espíritu griego y todo el fuego romano; lo mismo se le vé agitar su pensamien-

to, mostrarse tempestuoso como el oceano y rudo como el huracán, que acurrucar luego su espíritu ante todo lo noble y tierno.

Tal como lo describimos es el hombre de que tratamos, testigos somos de los arrebatos del artista; tan pronto lo hemos visto en una composición, iracundo cual mar bravío, como manso y melodioso cual el aura que se desliza entre el sauce y en el ciprés.

Campabadal, justo es decirlo, hombre desinteresado y lleno de entusiasmo siempre por todo lo que tienda á rendir culto al arte, fundó en la ciudad de Cartago una sociedad notable musical, sociedad que ha conquistado triunfos, que ha obtenido premios y aplausos merecidos y que ha sido honra de su fundador. Esta sociedad que lleva por nombre el de la Diosa de la música, es sociedad de méritos indiscutibles, como lo ha dicho ya tanto la prensa del país como la prensa extranjera.

Pues bien, este artista que hoy prodiga grandes bienes á nuestro pueblo, sólo se encuentra bajo el cielo americano, debido al ascendido patriotismo del señor don Francisco Peralta, quien procura y ha procurado siempre por el adelanto del país que lo vió nacer. La estadía, pues, de Campabadal entre nosotros, la debemos en gran parte al señor Peralta, y por tanto creemos que este señor será siempre objeto de imperecederos recuerdos de gratitud, tanto de nuestro pueblo como del señor Campabadal, quien hasta ahora debe estar satisfecho ante las muestras de cariño y de respeto que le dispensa la sociedad en que vive.

ALVARO.

LA CORTESANA.

1.

DE virgínea y celestial pureza
Quedan tan sólo míseros despojos,
Y hoy su semblante, emblema de bajeza
Jamás se tiñe en púdicos sonrojos.

2.

Es probable que á veces su conciencia
Le haga sentir algún remordimiento;
Mas hoy gobierna el vicio su existencia
Y ha borrado de su alma el sentimiento.

3.

Artificios y afeites asquerosos
Reemplazan á sus dones naturales
Y sus goces de virgen candorosos
Se han trocado en placeres criminales.

4.

Pero no obstante tantas impurezas
Merece compasión su desventura,
Porque en el mundo todas las flaquezas
Emanan de las leyes de natura.

5.

Bien puede ser que el hambre despiadada
Marchitara la flor de su inocencia,
Y que siguiera senda difamada
Por salvar de la Parca su existencia.

6.

Talvez no tuvo amigas de confianza
Que le dieran consejos y lecciones,
Ni maestros que esmeraran su enseñanza,
Ni padres que le hicieran reflexiones.

7.

Quizás infame seductor un día
Manchara la honra de su virgen seno,
Y después de conducta tan impía
La arrojara del crimen en el cieno.

8.

Una penosa y rígida experiencia
Unida á los estudios bienhechores
Forman de los mortales la conciencia
Que les hace del vicio vencedores.

9.

Pero apesar de tales circunstancias,
A veces predominan las pasiones,
Y entonces, por desgracia, las ganancias
Son de la infamia que hunde las naciones.

10.

Es un error vituperar el vicio
De aquéllos que se acercan, desdichados,
Del crimen al terrible precipicio
Por fuerzas inherentes impulsados.

11.

En vez de hurdir á la mujer culpable,
Luchemos por salvarla del pantano,
Porque el reino del vicio detestable
Es natural en el linaje humano.

ERNESTO SCHROEDER

San José, Agosto de 1890.

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO IX.

En la ciudad eterna.

El lector nos dispensará que suspendamos nuestra relación en momentos en que los señores Delgado y Espinosa fueron conducidos al Cuartel Principal de orden del General en Jefe, y que lo trasportemos veinte años antes y á una región muy apartada de San José, en donde ocurrieron acontecimientos que deben tener una grande influencia en el desarrollo futuro de la presente historia.

Allá por los años de 186... los ómnibus de la estación del ferrocarril de Civitta-Vechia en Roma, conducían dos familias costarricenses al hotel de Minerva, situado en la piazza de Minerva, en Roma, y que era nada menos que el antiguo palacio Comti convertido prosaicamente en albergue ó posada, eso sí, bastante aristocrática.

Componían las familias antes indicadas don Juan Espinosa y su señora doña Adelaida Rincón, servidos por una criada de Cartago llamada Florencia. La otra la formaban don Julián Rosales y su esposa doña Elisa Río Seco acompañada de dos sirvientes: Antonio, nativo del Mojón, y Teresa, josefina de pura raza.—Ambas familias completaban la luna de miel con un viaje de placer á Francia é Italia. Pero el estado interesante de las dos señoras, casadas con sólo tres meses de diferencia y ambas muy ricas, aunque la primera lo era por sí como heredera de un opulento español que murió en Honduras, y la segunda gozaba de los bienes de fortuna de su marido, comerciante y minero afortunado.

El temor de que una de las dos amigas pudiera alumbrar de un momento á otro decidió á los esposos á pasar algunos meses en Roma, mientras ellos hacían expediciones á Nápoles y provincias romanas. Instalados, pues, en el hotel de Minerva y visitados los principales puntos históricos de la ciudad eterna, Espinosa y Rosales partieron para Nápoles dejando muy recomendado á nuestro Ministro el señor Marqués de Lorenzana, el cuidado de sus familias.

Ya solas, no salían del hotel más que algunas tardes en carruaje al Monte Pincio ó á la piazza del Popolo. En las mañanitas recorrían á pié las tres calles aristocráticas de la ciudad que son la Rippetta, Babuinos y el Corso. Pio IX, el último papa-rey, gobernaba entonces y nuestras compatriotas tuvieron ocasión de conocerlo y recibir su bendición apostólica.

Para comprender la terrible catástrofe que vamos á narrar, es preciso una corta explicación del carácter de don Juan Espinosa y la especial posición que en su casa tenía Florencia, la cartaginesa, que servía á la señora doña Adelaida.

Don Juan Espinosa, hijo de un español de los últimos que sorprendió la declaratoria de la independencia de Centro América, tenía una de esas cabezas catalanas que prefieren aplastarse contra el acero que apartar el obstáculo.—Buen corazón, amigo firme y decidido, era de todos apreciado; pero había mucho de temor en el respeto que le rodeaba.

Florencia, acostumbrada á ver realizadas todas las amenazas que había oído á su patrón, tenía por él una completa adhesión mezclada de temor inexplicable respecto de ella, á quien siempre trató con gran benevolencia.

Al salir para Nápoles, Espinosa insistió encargándole sumo cuidado con su señora: "con tu cabeza me respondes de la vida de doña Adelaida" le dijo, quizá en chanza; pero Florencia no lo entendió así. El 2 de Noviembre de 186... la dichosa señora de Espinosa dió á luz un hermoso niño. Fué atendida por uno de los mejores médicos de Roma y rodeada de los cuidados de su amiga doña Elisa y de las dos criadas Florencia y Teresa.

La siguiente noche, á horas en que descansaban en sus respectivos cuartos ambas familias, Florencia se despertó á impulso de un malestar físico producido por el humo que penetraba en la pieza.

Abrió la ventana y nada de particular observó del lado de la plaza, por lo que volvió á cerrarla y quiso continuar su sueño interrumpido, mas el humo entraba ya en cantidad bastante para notarlo aun á la simple vista. En esto empezó á oír los primeros gritos, alarmas y ruidos en los pisos bajos. Comprendió que el hotel estaba incendiándose y despertó á la señora. La impresión de ésta fué tan grande al ver el reflejo de las primeras llamas y el alboroto del incendio, que perdió totalmente el sentido. Los pasajeros que aun podían llegar á la gran escala de piedra, lograron salvarse, pero los que estaban del lado Norte, que tenían que atravesar un largo corredor para llegar á las escaleras de servicio y todo el hotel para acercarse á la grande, casi todos fueron víctimas del fuego. Los bomberos hicieron prodigios de valor, pero á las seis de la mañana del día siguiente, que se dominó el incendio, faltaban siete personas de

las que habitaban el famoso hotel. Entre ellas no pareció el niño nacido la víspera, esto es, el pequeñuelo que había dado á luz doña Elisa de Rosales. En cambio había nacido en medio de la catástrofe un precioso niño que después se llamó Julio y que sacado del hotel por la criada Florencia, salvándole la vida al hijo de sus patrones á costa de una terrible quemadura en una mano y en un hombro. Ambas señoras de Rosales y de Espinosa fueron conducidas á una casa particular en donde se alojaban personas recomendadas. Las dos amigas estaban en un estado deplorable, principalmente doña Elisa que no podía consolarse de la pérdida de su hijo á quien no conoció siquiera. Entre los muertos, un cadáver calcinado se encontró en las ruinas de la parte quemada. Era el de Antonio el mojoneño.

Los señores Espinosa y Rosales retornaron tres días después de Nápoles: el segundo, inconsolable y afligido por la pérdida de su hijo y el peligro en que aún estaba su esposa, y el primero lleno de gratitud por la acción heroica de Florencia, á quien no sabía como premiar tanta adhesión y valor.—El restablecimiento de doña Elisa fué largo y penoso y apenas estuvo en estado de poder embarcarse volvieron ambas familias á San José.—Y aunque más tarde repusieron la pérdida del niño quemado en Roma, con una niña—Delfina, doña Elisa, maldice su estadía en la capital de la cristiandad, y no se perdona el haber emprendido un viaje en las circunstancias en que lo hizo. Nuestros lectores conocen ya el dichoso *bambino* salvado por Florencia, que no es otro que el arrogante señor Julio Espinosa, hoy por hoy preso y encerrado en una de las piezas del Cuartel Principal que dan á la calle de la Catedral.

(Continuará.)

VERSOS.

¿PORQUÉ á lo ignorado ruedan
las almas de noble afán,
sin que detenerse puedan?
¿Porqué los malos se quedan?
¿Porqué los buenos se van?

Los que ante el dolor desdeñan,
cual tú, su propio sufrir,
los que por el bien se empeñan,
los que ilustran, los que enseñan,
nunca debieran morir.

En cambio, los que reclaman
del mundo solo placer,
los que en el vicio se inflaman,
los que ofenden, los que infaman,
nunca debieran nacer.

JUAN DE DIOS PEZA.

ERRATA.

En la Mazurca "Filigrana" se escaparon algunos ejemplares con una errata. Léase en ellos en la modulación al tono de Fa, cuarto compás, segundo tiempo, en vez de Do Mí, La Do.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.